

➤ *5º Domingo de Cuaresma, Año A (2014). La vida sobrenatural de los cristianos, hijos de Dios. Es la vida según el Espíritu Santo. No es la vida según la carne, es decir, según la precariedad o debilidad de la condición humana. Clarificación del significado de los dos términos carne y Espíritu. Uso cotidiano y uso bíblico. En la Biblia carne indica tanto el cuerpo como el alma, esto es, la inteligencia y la voluntad del hombre en cuanto realidades puramente naturales, marcadas, además, por la experiencia del pecado que los hace proclives al mal. En otras palabras, carne indica a todo el hombre en su precariedad, tanto física como moral, en cuanto infinitamente distante de Dios que es Espíritu. Espíritu indica la realidad divina, la gracia y todo aquello que el hombre es y hace cuando está movido por este principio nuevo y superior. En la contraposición carne-Espíritu, Espíritu indica siempre, directa o indirectamente, al Espíritu Santo, y por ello debería escribirse con letra mayúscula.*

❖ Cfr. 5º Domingo de Cuaresma, Año A (2014)
Ezequiel 37, 12-14; Romanos 8, 8-11; Juan 11, 1-45

❖ **Romanos 8, 8-11:** 9 Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.9 Ahora bien **vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros.** Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo ese no es de él. 10 **Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu tiene vida a causa de la justicia.** 11 Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó de entre los muertos a Cristo dará vida **también a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.**

*La vida sobrenatural de los hijos de Dios.
Es la vida según el Espíritu y no según la carne,
es decir, según la precariedad o debilidad de la condición humana.*

❖ Estar o vivir en el Espíritu, equivale en la práctica a estar o vivir «en Cristo». Carne y Espíritu: dos modos de nacer, de vivir y de morir
Cfr. Raniero Cantalamessa, *El misterio de Pentecostés*, Edicep 1998, pp. 85-92:

○ **Un primer esbozo de antropología teológica**

- **Hemos de comportarnos de manera coherente con lo que hemos llegado a ser. El don se convierte en norma.**

“El apóstol Pablo, en sus cartas, nunca expone el misterio cristiano, sin que el anuncio vaya seguido de la exhortación práctica, y el kerygma de la parénesis. En el caso del Espíritu santo, el paso del kerygma a la parénesis y del don al deber, es admirablemente resumido por el Apóstol con estas palabras: *Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu* (Ga 5, 25). El primer verbo está en indicativo e indica lo que Dios ha «hecho» por nosotros, esto es, indica el don de la vida nueva en el Espíritu, o también el «estado» en que nos encontramos gracias al bautismo. El segundo verbo es un subjuntivo exhortativo e indica «lo que hay que hacer» por parte nuestra; con él se nos exhorta a comportarnos de manera coherente con lo que hemos llegado a ser. Es como si el Apóstol se dirigiera al cristiano, diciéndole: «sé aquello en lo que te has convertido». El don se convierte en norma. El Espíritu Santo, vida nueva, se convierte también en la nueva ley del cristiano.

San Pablo se sirve de la oposición carne-Espíritu para delinear una visión completa de la vida cristiana, esto es, para trazar un primer esbozo de antropología teológica. En particular, dicha oposición sirve para explicar los tres hechos fundamentales de la existencia: el nacimiento, la vida, la muerte. En otras palabras, hay dos modos de nacer, según la palabra de Dios: de la carne y del Espíritu; dos modos de vivir: según la carne y según el Espíritu; y dos resultados finales: la muerte o la vida eterna: *Pues las tendencias de la carne -dice- son muerte; mas las del Espíritu, vida y paz* (Rm 8, 6).

- **Clarificación del significado de los dos términos carne y Espíritu. Uso cotidiano y uso bíblico. (pp. 86-88)**
 - **En la Biblia carne indica tanto el cuerpo como el alma, esto es, la inteligencia y la voluntad del hombre en cuanto realidades puramente naturales, marcadas, además, por la experiencia del pecado que los hace proclives al mal. En otras palabras, carne indica a todo el hombre en su precariedad, tanto física como moral, en cuanto infinitamente distante de Dios que es Espíritu.**
 - **Espíritu indica la realidad divina, la gracia y todo aquello que el hombre es y hace cuando está movido por este principio nuevo y superior. En la contraposición carne-Espíritu, Espíritu indica siempre, directa o indirectamente, al Espíritu Santo, y por ello debería escribirse con letra mayúscula.**

Tratemos de clarificar, ante todo, el significado de los dos términos carne y Espíritu, En el uso cotidiano «carne» indica el componente corporal del hombre, con una referencia concreta a la esfera sexual; mientras que «espíritu» indica la razón, o el alma, esto es, el componente espiritual del hombre. En este sentido se habla, por ejemplo, de los placeres o pecados de la carne, o también de cultivar el propio espíritu. Este uso ha ensombrecido a menudo el genuino significado bíblico de los dos términos. En la Biblia, la oposición carne-espíritu, aun incluyendo este primer significado, no queda limitado a él, sino que es mucho más radical. Carne indica tanto el cuerpo como el alma, esto es, la inteligencia y la voluntad del hombre en cuanto realidades puramente naturales, marcadas, además, por la experiencia del pecado que los hace proclives al mal. En otras palabras, carne indica a todo el hombre en su precariedad, tanto física como moral, en cuanto infinitamente distante de Dios que es Espíritu (cfr. Jn 4,24). Para utilizar una expresión moderna, carne indica la «condición humana». Decir que el Verbo se ha hecho carne (Jn 1,14), significa decir que se ha hecho hombre, que ha asumido la condición humana. ¿Y qué indica, entonces, la palabra Espíritu? Indica la realidad divina, la gracia y todo aquello que el hombre es y hace cuando está movido por este principio nuevo y superior. En la contraposición carne-Espíritu, Espíritu indica siempre, directa o indirectamente, al Espíritu Santo, y por ello debería escribirse con letra mayúscula.

- **El acto que normalmente es considerado como el más «carnal» de todos, puede ser, en la visión bíblica, un acto psíquicamente espiritual, un gesto según el Espíritu, si se realiza en el seno del matrimonio, con amor y en el respeto a la voluntad del Creador. Por el contrario, el acto que se considera como el más espiritual de todos – el filosofar -, juzgado con el patrón de la Biblia, es una obra de la carne, si uno lo realiza siguiendo una lógica egoísta, para exaltarse a sí mismo o sus propias dotes, o si con él se enseña el error y la mentira.**

Para hacernos una idea de la diversidad de usos – el común y el bíblico -, basta decir que el acto que normalmente es considerado como el más «carnal» de todos, puede ser, en la visión bíblica, un acto psíquicamente espiritual, un gesto según el Espíritu, si se realiza en el seno del matrimonio, con amor y en el respeto a la voluntad del Creador. Por el contrario, el acto que se considera como el más espiritual de todos – el filosofar -, juzgado con el patrón de la Biblia, es una obra de la carne, si uno lo realiza siguiendo una lógica egoísta, para exaltarse a sí mismo o sus propias dotes, o si con él se enseña el error y la mentira. San Pablo denomina a todo esto, en efecto, «sabiduría de la carne» (Rm 8,7). Por otra lado, sabemos que lo que se entiende normalmente con la palabra «espíritu», cuando se habla del «espíritu de los tiempos», o del «espíritu del mundo», es exactamente eso que la Biblia llamaría «carne».

En la oposición carne-Espíritu de la Biblia no está, pues, en juego tan sólo la oposición entre instintos y razón, o entre cuerpo y alma, sino también aquella otra más radical entre naturaleza y gracia, entre lo humano y lo divino, entre lo terreno y lo eterno, entre el egoísmo y el amor. Carne y Espíritu indican dos mundos y dos esferas distintas de acción. Aclarado este significado diverso de

los términos, podemos ahora ilustrar la afirmación hecha más arriba de que según la Biblia existen dos modos de nacer: de la carne o del Espíritu; dos modos de vivir: según la carne o según el Espíritu; dos modos de concluir la vida: con la muerte o con la vida eterna.

- **Dos modos de nacer (pp. 88-90)**

Nacimiento de la carne, de sangre, de deseo de hombre, de germen corruptible.

Dos modos de nacer. La Biblia designa de distintos modos el nacimiento natural del padre o de la madre. Lo llama nacimiento «de la carne» (Jn 3, 6), «de sangre, de voluntad de la carne o de deseo del hombre» (Jn I, 13), «de germen corruptible» (I P 1,23). Es necesario prestar atención para no ver en ello ningún juicio negativo, o de condenación del acto de engendrar o del nacimiento humano en sí mismo. La Biblia no ignora que, a fin de cuentas, también el nacimiento natural viene de Dios que creó al hombre, macho y hembra, precisamente para que fueran fecundos y llenaran la tierra. Venir al mundo es un don, no una condena, como pensaban en la antigüedad platónicos y gnósticos. Si hay un matiz negativo en aquellas expresiones, no se debe tanto a lo que el nacimiento humano es en sí mismo, cuanto a lo que no es; se debe no tanto a lo que posee cuanto a lo que le falta todavía. La mejor confirmación de ello es que también de Jesús se dice que nació «del linaje de David, según la carne» (Rm 1,3). Ni siquiera la fe en el pecado original anula este valor fundamentalmente positivo de la vida humana y, por tanto, del nacimiento natural. Por otra parte, en las fuentes bíblicas, el pecado original nunca está tan estrechamente ligado al modo de transmisión de la vida por generación sexual, como lo estará más tarde, a partir de san Agustín.

Nacimiento según el Espíritu. (pp. 89-90)

Y vayamos al *nacimiento según el Espíritu*. También el nacimiento del Espíritu es designado con expresiones distintas: «de Dios» (Jn 1, 13), «de lo alto» (Jn 3,3,d «de un germen incorruptible, por medio de la palabra de Dios» (I P 1,23). Este nacimiento, o renacimiento, tiene lugar por iniciativa y voluntad de Dios Padre, que lo obra mediante el Espíritu. La vida que se da como resultado de este nuevo nacimiento es vida «en Cristo», o vida «en el Espíritu». El «germen» con el que se transmite dicha nueva vida es la palabra de Dios, acogida mediante la fe. El nuevo nacimiento está siempre vinculado a la fe: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios» (1 Jn 5,1). Esto mismo se dice, también, de otro modo: no somos nosotros los que en realidad nacemos de nuevo, sino que es Cristo quien es concebido y nace en nosotros «por obra del Espíritu Santo». Pero, en realidad, es lo mismo, visto desde un ángulo distinto. Todo ello se realiza concretamente en el bautismo, por eso el nuevo nacimiento es denominado «de agua y de Espíritu» (Jn 3,5). Quien pasa a través de esta experiencia, llamada de iniciación, es llamado «nueva criatura» y, del mismo modo en que por el nacimiento natural somos hijos de hombre, hijos de un padre y de una madre, así también, con este renacimiento, llegamos a ser hijos de Dios (Rm 8,14; 1 Jn 3,1).

- **Dos modos de vivir (pp. 90-91)**

Dos modos de vivir. En continuidad con estos dos tipos de nacimiento – de la carne o del Espíritu –, la Biblia habla también de dos formas o estilos distintos de vida, que define, respectivamente, vida según la carne y vida según el Espíritu. San Pablo nos ofrece una descripción con el estilo de las «vidas paralelas»: *Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las tendencias del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios* (Rm 8, 5-8).

Vivir según la carne.

Vivir según la carne significa vivir a un nivel natural, sin la fe. Viven según la carne aquellos que viven según la naturaleza, pero no la naturaleza originaria, creada buena y gobernada por Dios que todavía hace oír su voz, por debilitada que esté, a través de la conciencia; sino la naturaleza corrompida por el pecado, que se expresa a través de las distintas concupiscencias y, sobre todo,

mediante el egoísmo. Las manifestaciones típicas de una vida planteada de este modo, son las así llamadas «obras de la carne»: «fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes» (Ga 5,19).

Vivir según el Espíritu

Vivir según el Espíritu significa, por el contrario, pensar, querer y obrar, movidos interiormente por ese principio de vida nueva que en el bautismo es introducido en nosotros, que es el Espíritu de Jesús. Vivir según el Espíritu equivale por ello a imitar a Cristo. Las manifestaciones propias de esta vida nueva son los así llamados «frutos del Espíritu»: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Ga 5, 22).

▪ Dos modos de morir (pp. 91-92)

Morir según la carne

Dos modos de morir. Y llegamos, finalmente, a los dos resultados a los que dan lugar respectivamente el vivir según la carne o el vivir según el Espíritu: la muerte o la vida: *Si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis* (Rm 8,13). Si uno vive según la carne, esto es, en una perspectiva puramente natural y terrena – ya que la «carne» es, por definición, lo perecedero, lo corruptible, aquello que tiene un comienzo, un desarrollo y un final –, el horizonte último de una vida así no puede ser más que la muerte. *Toda carne* – dice la Biblia – *es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita* (Is 40, 6-8). Desde este punto de vista, tiene mucha razón aquel filósofo que definió al hombre como un «ser – para – la – muerte»; alguien que acaba de nacer y que ya empieza a morir (M. Heidegger, *El ser y el Tiempo*, 51. Fondo Cultura Económica, México 1974, 275-278). No se va más allá de este horizonte: el hombre nace y vive para morir.

Morir según el Espíritu

Pero si uno vive según el Espíritu – dado que el Espíritu es, por definición, lo que no se corrompe, lo eterno – el horizonte, en este caso, no se cierra con la muerte. La vida nueva del Espíritu tiene un comienzo, pero no tiene un final: *El que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna* (Ga 6,8). Visto desde una perspectiva «espiritual», el hombre ya no aparece como un ser – para – la – muerte, sino más bien como un ser – para – la – eternidad. Ni siquiera la carne, ciertamente, acabará para siempre en la corrupción, en virtud de la resurrección de los muertos. Pero esto – es decir, devolverle la vida también a nuestro cuerpo, al final de los tiempos – será, precisamente, la última gran obra del Espíritu: *Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros* (Rm 8,11).

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana